



## EL ANARQUISMO ESPAÑOL CON, POR Y ANTE LA SEGUNDA REPUBLICA ESPAÑOLA (1931-1936) / SPANISH ANARCHISM: WITH, FOR, AND IN FRONT OF SPANISH SECOND REPUBLIC (1931-1936)

**JULIÁN VADILLO**  
Universidad Carlos III de Madrid

Recibido: 27/12/2018

Aceptado: 15/04/2019

**Resumen:** La historia del movimiento anarquista ha estado dominada por una serie de lugares comunes que la han deformado. Sin embargo, cuando nos acercamos a las fuentes documentales comprobamos un movimiento anarquista muy distinto al presentado comúnmente. El presente trabajo parte de un análisis de la historiografía sobre el anarquismo para después adentrarse en la historia del mismo durante el periodo republicano que media entre 1931 y 1936. Establece el protagonismo libertario a la hora de la proclamación de la República, las disposiciones que supusieron el enfrentamiento con las reformas del primer bienio y la división interna de la CNT, para acabar con un nuevo giro hacía la alianza obrera. Una visión compleja de un movimiento fundamental para entender la historia del primer tercio del siglo XX y de la Segunda República española.

**Abstract:** The history of the anarchist movement has been dominated by a series of commonplaces that have deformed it. However, when we look at the documentary sources, we see an anarchist movement very different from the one commonly presented. The present work starts from an analysis of the historiography of anarchism and then goes into the history of anarchism during the republican period between 1931 and 1936. It establishes the libertarian prominence at the time of the proclamation of the Republic, the dispositions that entailed the confrontation with the reforms of the first biennium and the internal division of the CNT, to end with a new turn towards the workers' alliance. The article is a complex understanding of a fundamental movement in the history of the first third of the 20th century and of the Second Spanish Republic.

**Palabras clave:** República, CNT, FAI, insurrección, alianza obrera.

**Key words:** Anarchism, Republic, CNT, FAI, insurrection, workers' alliance.

## Introducción

Hablar del anarquismo español en el trascendental periodo de la Segunda República (1931-1939), es hablar de uno de los movimientos que marcaron la agenda de la historia de España. El anarquismo alcanzó en el periodo que media entre 1931 y 1939 su culmen y al mismo tiempo su canto del cisne. Una historia aparejada con la del movimiento obrero del que formaba parte. A pesar de los intentos de reconstrucción para la oposición al franquismo y ya tras la muerte de Franco, la plenitud que el movimiento libertario alcanzó durante la década de 1930 no volvió a recuperarla. En aquel momento se reveló un movimiento anarquista que fue vanguardia en muchas cuestiones, que venía de unos precedentes que le habían situado en una buena posición para poder desarrollar sus ideas y que gracias a organizaciones como la CNT y la FAI, encuadró a un gran número de trabajadores españoles y se convirtió en una alternativa a la sociedad capitalista. España se convertía en uno de los pocos países donde el anarquismo tenía una posibilidad real de triunfo. La Guerra Civil puso en marcha algunas de sus propuestas, pero también reveló la cara pragmática del anarquismo. Posiciones que, como la colaboración con el Estado republicano, venía de unos precedentes de debates anteriores incluso a los años 30.

La victoria de Franco en la Guerra Civil fue la derrota del anarquismo, como la de muchos otros proyectos que habían alcanzado importantes posiciones durante la República y la contienda civil. Sin embargo, para el anarquismo, la derrota en la Guerra significó más cuestiones. Una derrota política, pues su proyecto de sociedad quedaba aniquilado por una sociedad totalitaria. Una derrota social y económica, pues la alternativa de revolución social que propusieron quedó sesgada. Una derrota cultural pues muchos de los avances sociales que se habían producido provenían de las concepciones anarquistas (educación, sanidad, etc.). Pero también, y esto es lo importante en la actualidad, una derrota histórica, pues la historia del anarquismo quedó desdibujada y llena de lugares comunes.

Por ello los estudios actuales del anarquismo son fundamentales para entender el papel que jugó dicho movimiento en un momento delicado de la historia de España. Una historia de España, en conexión con la historia europea y mundial, que dirimió el curso de la misma en los años siguientes.

## La dificultad de articulación de una historiografía sobre el anarquismo

Como se ha comentado, la derrota en la Guerra Civil significó un duro revés en el anarquismo a nivel político. Pero también lo fue a la hora de analizar su papel en la historia de España. Esto fue de la mano de las otras corrientes políticas que salieron derrotadas de la Guerra Civil.

Bien es verdad que el anarquismo ya tenía “mala prensa” en los años precedentes. El propio término “anarquía” se asimilaba al caos y al desorden. Sus organizaciones y propuestas se vincularon, desde muchos medios, a corrientes desestabilizadoras, terroristas y similares. Si bien el anarquismo tuvo muchas vertientes, entre ellas las individualistas y las que apelaban a la violencia terrorista (casos que se dieron en toda Europa y América), en España y en muchos otros lugares, esas corrientes no dejaron de ser minoritarias. La mayoría del movimiento libertario español se encuadró en sociedades obreras, fomentaron la creación de sociedades de resistencia y buscaron durante años la fundación de un gran sindicato de trabajadores que tuviese una estructura de carácter libertario. Cuestión que consiguieron en 1910 con la fundación de la Confederación Nacional del Trabajo.

Sin embargo, la historiografía que se extiende durante el franquismo presenta una desfiguración del movimiento libertario. La violencia, el terrorismo, las organizaciones como trampolín hacía el comunismo, etc., fueron las visiones legadas por los franquistas. Una amalgama de siniestros personajes, en conexión con la masonería y con turbios intereses que buscaban la desestabilización de España y que servían como banderín de enganche a los intereses de la Unión Soviética, la bestia negra del franquismo. Esas fueron las posiciones de personajes como Guillén Salaya o Mauricio Karl, seudónimo del comisario Mauricio Carlavilla. Casi en la misma línea se sitúan las obras del comisario Eduardo Comín Colomer, que llegó a escribir una *Historia del anarquismo en España* o Maximiano García Venero. En el primer caso era un comisario de policía que tenía a su alcance la documentación incautada a las organizaciones de izquierdas tras la Guerra Civil. Su libro sobre el anarquismo se completaba con otro sobre el comunismo, una historia de la República en el exilio y una historia de la masonería. García Venero fue uno de los pocos que pudo escribir sobre movimiento obrero en España dada su condición de falangista. Recubriéndolo con un criterio más académico se situaría la obra del jesuita Casimiro Martí *Orígenes del anarquismo en Barcelona*. Como

afirma Frank Mintz, Martí accedió a archivos de Ámsterdam y Milán, así como a obras que se estaban escribiendo en la época. El libro, que contó con el apoyo del papado y del episcopado de Barcelona, así como con un prólogo de Vicens Vives, hablaba sobre todo de filosofía y de los orígenes del anarquismo.

Paralela a esta literatura en el interior de España en la línea del régimen franquista, se fueron desarrollando en el exterior algunas obras que daban una imagen distinta del anarquismo. Por una parte, toda una literatura justificativa que emanaba de las propias filas anarquistas. Pero dado que el anarquismo en el exilio estaba fuertemente fracturado, en parte esas historias no dejaban de ser la justificación de cada una de las posiciones del exilio. Entre las innumerables memorias que nos encontramos, con una cantidad ilimitada de información, también se encuentran acusaciones y recriminaciones entre los propios libertarios. Aun así, surgieron en el exilio importantes aportaciones a la historia del anarquismo. La obra de José Peirats, destacando su *La CNT en la Revolución española*, es una de ellas. Pequeñas obras que se editaban en Toulouse y en otros lugares del exilio servían para rescatar la memoria de los anarquistas y de su defensa del proceso revolucionario que habían puesto en marcha durante la Guerra Civil. Todo en medio de un mundo polarizado entre dos superpotencias (EEUU y la URSS) y donde el anarquismo había perdido todo el peso que tuvo. En los momentos finales del franquismo y los inicios de la Transición en España comenzaron a aparecer biografías y memorias que junto a la justificación que se achaca a todas ellas aportaban importantes visiones para trabajos futuros. Destacaríamos el libro de Abel Paz *Durruti en la revolución española*, la autobiografía de Juan García Oliver *El eco de los pasos*, las memorias de Cipriano Mera *Guerra, cárcel y exilio de un anarcosindicalista* o algunas obras de Diego Abad de Santillán. Aquí destacó la labor de la editorial Ruedo Ibérico y de cómo logró poner en circulación esta literatura por España.

Igualmente, desde fuera de España se fue rescatando por parte de escritores e historiadores lo que fue la historia de España, la Guerra Civil y las circunstancias que lo rodearon. Personajes como Gerald Brenan y su *El laberinto español* o Franz Borkenau y su *El reñidero español*. En ambos libros de memorias se aborda el anarquismo desde una mezcla entre el romanticismo y el desconocimiento de las fuentes. Historiadores como Hugh Thomas, Gabriel Jackson, Herbert R. Southworth, etc., abordaron de forma científica y académica la Guerra Civil y los movimientos que la compusieron. Obras hoy imprescindibles pero que adolecían, por circunstancias obvias, de fuentes de información que hoy sí manejamos. Para el movimiento anarquista se convirtió en un clásico el libro de Burnet Bolloten *La*

*Guerra Civil española. Revolución y contrarrevolución.* Libro que abordaba la lucha entre los antifascistas y que con el paso del tiempo muchas de sus propuestas han quedado superadas. Importante también y a destacar sería el de John Brademas *Anarcosindicalismo y revolución en España: 1930-1937*, también hoy superado.

La muerte de Franco y el restablecimiento de las libertades democráticas en España iban a significar un nuevo momento para la investigación histórica. Y el anarquismo no quedó al margen. En aquellos años que median entre finales de la década de 1970 y la década de 1980, comienzan a florecer obras importantes alrededor de la historia del anarquismo. José Álvarez Junco realizó una magistral obra con el título *La ideología política del anarquismo español, 1868-1910*. Aunque precede a la época que vamos a abordar, marcó ya una forma de trabajar la historia del anarquismo, partiendo de fuentes hemerográficas de primera mano. En esta misma línea situaríamos los libros de Josep Termes o de Antonio Elorza. Aun así, el acceso a la documentación del movimiento anarquista todavía era difícil. De ahí que muchas de las conclusiones quedasen cortas o desacertadas cuando se ha podido acceder a dicha documentación.

En la década de los 90 surgió una nueva oleada de historiadores que revalorizaron la historia del anarquismo. Aquí habría que destacar a Julián Casanova con sus libros *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938* o *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1936)*. Otros autores como Dolors Marín, Alejandro R. Díez Torre, Xavier Paniagua, José Luis Gutiérrez Molina, Susana Tavera, Pere Gabriel, etc., ponen al anarquismo en primera línea de la investigación, coincidiendo con el 60 aniversario del inicio de la Guerra Civil española. Sin embargo, y aunque la información comenzaba a estar accesible, lo cierto es que la historia del anarquismo seguía llena de lugares comunes. Se adolecía de trabajos generales de algunas de sus organizaciones. Y en parte las conclusiones que algunos de los historiadores citados con anterioridad tenían chocaban con los innumerables estudios locales, regionales o comarcales que abordaban los mismo aspectos.

El punto de inflexión para abordar la historia del anarquismo lo marcan algunos acontecimientos académicos que se produjeron en la primera mitad de la década del 2000. La celebración de tres congresos relacionados directamente con la historia del anarquismo, la aparición del número 45 de *Ayer. Revista de historia contemporánea*, dedicado al anarquismo, y el nacimiento de *Germinal. Revista de Estudios Libertarios*, hacen que se produzca un giro en el tratamiento de la historia del anarquismo. Sin ser explicaciones únicas y fundamentales sí fueron importantes. Entre el año 2001 y el 2004 se celebraron tres congresos.

Uno dedicado a la Escuela Moderna de Francisco Ferrer Guardia, coincidiendo en 2001 con el centenario de la fundación de dicha institución. Otro en el 2002 coincidiendo con el 75 aniversario de la fundación de la Federación Anarquista Ibérica y un tercero en 2004 coincidiendo con el centenario del nacimiento de Federica Montseny donde se abordó el papel de la mujer en el movimiento anarquista. Dichos congresos sirvieron para reunir en un contexto académico a investigadores consagrados en la historia del anarquismo con una nueva generación de historiadores que iniciaban estos estudios. Se ponía encima de la mesa nuevas formas de abordar la historia. Y los lugares comunes sobre la historia del anarquismo se comenzaban a resquebrajar. El mismo grupo impulsor de dichos congresos históricos, de los que formaba parte, creó *Germinal. Revista de Estudios Libertarios*, que daba cabida a los trabajos de historia, sociología, antropología o filosofía sobre el anarquismo. Un proyecto que nació en 2005 y que se mantiene, siendo una referencia para aquellos que quieren publicar y dar a conocer sus trabajos sobre el anarquismo. Pero igualmente, la revista *Ayer*, una de las más importantes en el panorama historiográfico español, publicó en 2002 un monográfico sobre historia del anarquismo donde participaron plumas fundamentales para estos estudios: Susana Tavera, Gloria Espigado, Antonio López Estudillo, Pere Gabriel, Ángeles Barrio, José Luis Gutiérrez Molina, Giovanni Cantini o Carles Santacana.

Estos hechos sirvieron de punta de lanza para la aparición de investigadores hoy fundamentales en el abordaje de la historia del anarquismo. Juan Pablo Calero, Chris Ealham, Laura Vicente, etc. Hoy la lista es bastante amplia. Sus trabajos han servido para romper las visiones clásicas que se tenían del anarquismo. Algunos historiadores como Julián Casanova siguen siendo una referencia en sus estudios sobre el anarquismo. Aunque discrepa con alguno de los nuevos aspectos, lo cierto es que Casanova ha logrado conectar las investigaciones anteriores y nuevas, ha revisado parte de sus trabajos y los ha adaptado a las nuevas fuentes. Otros, como Antonio Elorza, no lo ha hecho y mantiene las mismas conclusiones historiográficas que en los años 80 a pesar de que muchas obras plantean conclusiones nuevas. Algo que no solo ha sucedido con el anarquismo, sino también con otros movimientos como el socialismo o el comunismo.

Es fundamental entender este estado de la cuestión aproximativo del anarquismo para entender lo que significó el mismo durante la Segunda República. Porque dichos estudios, entre los que se encuentran los que yo mismo he desarrollado, rompen la imagen homogénea del anarquismo, la de un movimiento que muchas veces se ha presentado como un accidente en la historia de España

o un movimiento obrero fuera de la realidad. Si alguno de esos supuestos fuese cierto el anarquismo en España no habría pasado de anecdótico y sin embargo representó un movimiento que alcanzó a más de 2.000.000 de personas durante la Guerra Civil. Para encontrar las razones de ello no solo han servido los trabajos desarrollados sobre el propio anarquismo, sino también trabajos como los de Paul Preston, que son base y pilar fundamental para entender el desarrollo de la Guerra Civil y de la correlación de fuerzas.

Abordaremos a partir de ahora los aspectos fundamentales cronológicos e históricos del anarquismo durante la Segunda República y la Guerra Civil.

## Las bodas republicanas

Uno de los grandes mitos alrededor del anarquismo y la Segunda República es la visión planteada acerca de la oposición frontal de los libertarios a la proclamación y desarrollo de la República. Se presentó al anarquismo como uno de los agentes desestabilizadores que desde el primer momento intentó derrocar la joven democracia española desde posiciones revolucionarias, al considerar a la República la encarnación de un nuevo Estado burgués. Es una de las claves que se ofrece para concebir el fracaso de la República o para plantear una realidad distorsionada del anarquismo.

Sin embargo, la realidad fue muy otra. Los únicos movimientos que se opusieron a la República desde el mismo momento de su proclamación fueron los monárquicos, por razones obvias, y los comunistas del PCE, que vieron en la República un régimen burgués y frente a ella oponían el modelo de República soviética: «La proclamación de la República sorprendió a Bullejos, Etelevino Vega y Jesús Hernández en Madrid, adonde habían llegado procedentes de Valencia tras la realización de una brevísima campaña electoral. El día 14, un reducido número de comunistas – apenas llegaba al centenar – encabezado por los tres dirigentes citados se encaminó hacia el Palacio Real para quitar la bandera monárquica y sustituirla por la roja con la hoz y el martillo, mientras proferían consignas contra la ‘República burguesa’ y a favor de un gobierno de obreros y campesinos, siendo recibidos con hostilidad por la mayoría de los manifestantes que aclamaban enfervorizadamente al nuevo régimen» (Hernández Sánchez, 2010: 54; Estruch, 1978: 65). Una posición que los comunistas fueron abandonando durante la República.

Sin embargo, los anarquistas recibieron de forma muy distinta la proclamación de la República. El mismo 14 de abril la CNT emitió un comunicado al respecto:

Ha sido proclamada la República en España.  
 El Borbón ha tenido que dejar el poder.  
 Los ayuntamientos, las diputaciones, las oficinas de Correos y Telégrafos están en manos del pueblo.  
 Para afirmar estos hechos hemos de manifestarnos en la calle.  
 No somos entusiastas de una República burguesa, pero no consentiremos una nueva dictadura.  
 El pueblo debe estar dispuesto para hacer frente a una posible reacción de las fuerzas armadas.  
 Si la República quiere, realmente, consolidarse, tendrá que tener en cuenta la organización de los trabajadores. Si no lo hace, perecerá.  
 Como primera condición exigimos la inmediata libertad de todos nuestros presos.  
 Después de esto, lo más importante de todo, pondremos otras condiciones.  
 La Confederación Regional del Trabajo de Cataluña declara la huelga general y se atenderá, en sus actos, a la marcha de los acontecimientos.  
 Por la libertad de los presos. Por la Revolución.  
 ¡Viva la Confederación Nacional del Trabajo! (*Solidaridad obrera*, 1931; Bueso, 1976: 339)

El comunicado de la CNT fue toda una declaración de principios. La CNT se consideraba parte del proceso revolucionario que había traído la República. Dejó claro que se iba a oponer a todo intento de regreso a la dictadura o a la monarquía. Pero iba a exigir a la República medidas para la clase obrera.

El movimiento libertario se sentía parte de la proclamación de la República porque había contribuido a su llegada por la oposición que habían mantenido contra la dictadura desde 1923. Una oposición que le llevó a entendimientos con los republicanos en el exilio y con lo que emprendieron varios intentos de derrocamiento del Rey de Primo de Rivera. Ejemplos que nos muestran personajes como el panadero y periodista Mauro Bajatierra, que en el exilio representó una de las ramas libertarias partidarias del pacto con el resto de fuerzas antimonárquicas para establecer en España un modelo de sociedad que permitiese el avance de las ideas anarquistas. Así se lo dejó ver a Diego Abad de Santillán en una carta que le dirigió en enero de 1925 para explicarle su posición ante los sucesos de Vera de Bidasoa<sup>1</sup>. En ella, Bajatierra mostraba sus contactos con algunos dirigentes republicanos y su oposición al sector del anarquismo partidario de emprender una lucha en solitario contra la dictadura. En esa misma línea estaban personajes como Eusebio Carbó, Ángel Pestaña, Juan Peiró o Manuel Buenacasa. En el caso de Buenacasa llegando a ser el enlace para ofrecer la presidencia de la República a Santiago Ramón y Cajal (Buenacasa, 1977: 222-229). En realidad, era el núcleo fuerte de la CNT. Pero incluso los sectores menos permeables a estos pactos tienen acercamientos a personajes del republicanismo como Rodrigo Soriano, a los republicanos catalanes como Maciá o sectores como el blasquismo político.

Y aunque los anarquistas no participaron en el Pacto de San Sebastián sí lo hicieron en los movimientos de oposición del final de la monarquía de Alfonso

<sup>1</sup> IISG. Fondo de Diego Abad de Santillán. Inventario 19.



XIII. La conexión con los anarquistas que tuvieron militares como Fermín Galán o Ramón Franco, fue evidente. En el caso de Fermín Galán no fue solo una conexión de carácter político. En el libro que dejó escrito, antes de su fusilamiento por la fracasada sublevación de Jaca de diciembre de 1930, con el título de *Nueva Creación*, hace todo un compendio de historia política muy cercano al anarquismo. Pertenecía a esa extrema izquierda republicana cuya línea de separación con el anarquismo fue difusa. En esa misma línea se sitúan una suerte de personajes como Eduardo de Guzmán, Salvador Cánovas Cervantes, Benigno Bejarano, etc., que alrededor del diario *La Tierra* dieron cobertura a un importante sector del anarquismo del que se sentían parte y compartían algunos principios.

Ese fue el movimiento libertario que vio nacer a la República. Un movimiento que había crecido al calor de la conspiración contra la monarquía. Unas conspiraciones en las que habían trabajado codo con codo con los republicanos, con los que siempre habían tenido unas relaciones de amor-odio. Mucho mejor que las mantenidas con los socialistas, con los que se disputaban los mismos espacios políticos.

Una vez proclamada la República, la CNT realizó un congreso nacional, el tercero en su historia, en el Teatro del Conservatorio (hoy teatro María Guerrero) en Madrid. En ese congreso se revelaron cosas importantes, que también rompen los esquemas clásicos sobre las lecturas del movimiento libertario durante la Segunda República. Lejos de una visión que se ha querido dar de un congreso polarizado entre un sector “reformista” y un sector “faísta”, enfrentado por cuestiones como las federaciones nacionales de industria o el tiempo que se ha de dar a la República, la lectura de sus actas y debates se aleja de esa percepción. En primer lugar, porque no existió nunca un sector “faísta”. Analizando los posibles sindicatos de influencia “faísta”, muchos de ellos votaron a favor de las Federaciones Nacionales de Industria. Y, por otra parte, las personalidades encasilladas dentro del “faísmo” no estaban encuadradas dentro de la FAI. Ni Durruti, ni Ascaso, ni García Oliver, ni Federica Montseny eran en aquel momento integrantes de la Federación Anarquista Ibérica. En ese congreso salieron aprobadas por aplastante mayoría las Federaciones Nacionales de Industria: 302.343 votos a favor frente a 90.676 votos en contra. Igualmente, la CNT hizo un repaso a la situación del momento. Consideró la asamblea constituyente emanada de la proclamación de la República como un “hecho revolucionario” del que ellos mismos se sentían partícipes. Analizó la cuestión regional en Cataluña, País Vasco y Galicia, donde no era ajena tampoco, y el modelo de relaciones laborales que Largo Caballero estaba implementando desde el Ministerio del Trabajo. Si bien hizo una crítica

a los Jurados Mixtos, comparándolos con los Comités Paritarios, también dejaba la puerta abierta a establecer marcos reivindicativos que fuesen asumidos para unas mejores condiciones de la clase obrera basado en la negociación. Las críticas iban dirigidas a la UGT y a la Largo Caballero, sus rivales naturales. A pesar de esta concesión a la negociación del anarcosindicalismo, se ratificó en los acuerdos del Congreso de la Comedia de 1919 a favor del comunismo libertario. De ese congreso de mayo de 1931 salió elegido secretario general de la CNT Ángel Pestaña, director de *Solidaridad Obrera*, Juan Peiró y el administrador del mismo Pedro Masoni. Como dice el historiador Juan Pablo Calero «Es difícil seguir sosteniendo la teoría de la dictadura extremista de la FAI sobre la CNT a la vista de los dictámenes aprobados en el Congreso de 1931» (Calero Delso, 2011: 40). Apelar a las memorias de Juan García Oliver (*El eco de los pasos*) para justificar toda una teoría historiográfica se antoja flojo argumento a la vista de las nuevas investigaciones.

Sin embargo, la fuerza de los acontecimientos hizo replantear al movimiento libertario su postura ante la República.

## Ciclos insurreccionales y “gimnasias revolucionarias”

Una de las visiones clásicas ofrecidas sobre el anarquismo es la de presentarlo como un agente beligerante contra la Segunda República en un ciclo insurreccional que se extiende durante el primer bienio republicano (1931-1933) y que era partidario de la llamada “gimnasia revolucionaria”.

Sin embargo, el cambio de estrategia del anarcosindicalismo hay que fecharlo en febrero de 1932, cuando en la Regional Catalana se adoptan las posiciones del insurreccionalismo contra la República. No sin antes haber existido episodios que, sin ser todos de carácter libertario, habían marcado este devenir. Los sucesos de Sevilla de mayo de 1931, donde la fuerza pública asesinó a unos trabajadores afiliados a la CNT en el Parque de María Luisa o la huelga de la Telefónica en Madrid en ese mismo mes, comienzan a marcar una división entre socialistas y libertarios, pues lo primeros desarrollaban políticas desde el gobierno que los segundos consideraban negativas para la clase obrera. Igualmente, se condenaba desde el anarcosindicalismo la represión ejercida contra los trabajadores en los pueblos de Arnedo y Castilblanco, por levantamientos campesinos ante las duras condiciones de vida de estos. Casos lo de estos pueblos que nada tenían que ver con el anarquismo, pues incluso la fuerza obrera mayoritaria en esos lugares era la

UGT. Esto servía a la CNT para recriminar a sus rivales socialistas que la legislación obrera no satisfacía a la clase trabajadora. A pesar de los avances en leyes como la Ley de Bases para la Reforma Agraria o la Ley de Términos Municipales, para los libertarios no eran sino migajas de una legislación que pretendía sacarlos del panorama sindical. El punto de inflexión fue la sublevación, impulsada esta vez sí por los libertarios, en el Alto Llobregat y Cardoner, fuertemente reprimida por la fuerza pública. Ahí la estrategia comenzó a cambiar.

La estrategia planteada en Cataluña en febrero de 1932 no fue bien recibida por los sectores más sindicalistas. En ese momento se comienzan a apartar de la CNT y no en todos los lugares. Hay que tener en cuenta que en las zonas de fuerte influencia libertaria, como Cataluña o Aragón, la estrategia insurreccional fue adoptada con fuerza. Sin embargo, en otras zonas como Asturias, Galicia o Madrid las posiciones sindicalistas pugnaban con las insurreccionales en igualdad de condiciones (Calero Delso, 2011: 49).

Aun así, ese insurreccionalismo solo atiende a la necesidad de muchos campesinos sin tierra, que esperaban con la República una rápida reforma agraria. Fue un fenómeno más rural que urbano. El hecho más destacado fue el levantamiento en el pueblo gaditano de Casas Viejas, impulsado por los anarquistas a nivel general y que se tornó en auténtico fracaso, acabando en una tragedia que desgastó tanto a la CNT como al propio gobierno republicano y a la relación entre republicanos y socialistas. Esa “gimnasia revolucionaria” en el fondo no estaba sino debilitando al propio movimiento libertario.

El treintismo, como corriente moderada del movimiento libertario, se convierte más en una reacción ante lo que consideran un error de estrategia insurreccional que a una diferencia sustancial en lo que eran los principios de los libertarios. Analizar la prensa y la documentación de la CNT y de la Federación Sindicalista Libertaria (que encarnó el treintismo y se lo conoció como sindicatos de oposición) muestra cómo los análisis eran idénticos pero la estrategia difería. Además, el treintismo ni siquiera se puede considerar una escisión. Entre la firma del manifiesto en 1931 y la ratificación de la salida de algunos sindicalistas de la CNT pasan casi dos años (Calero Delso, 2011: 48). En algunos sitios fueron expulsados y en otros se marcharon. Al igual que hay que distinguir entre la estrategia de los treintistas que fundan la FSL y la estrategia política que adoptó Ángel Pestaña con el Partido Sindicalista.

Las elecciones celebradas en noviembre de 1933 que significaron la derrota de las izquierdas y la llegada de la derecha al poder marcarán un nuevo antes y después en el desarrollo del anarquismo en España.

## El poder de la derecha y la reformulación anarquista

A pesar de las críticas y oposición que una buena parte del anarquismo había ejercido contra el gobierno republicano-socialista, la victoria de la derecha fue considerada por los libertarios un retroceso en las aspiraciones de la clase trabajadora en España. Por eso, junto a la agitación abstencionistas frente a las elecciones de noviembre de 1933, la CNT se había mostrado partidaria de iniciar una huelga general contra el avance de la derecha. Huelga que fue convocada en diciembre de 1933 con carácter insurreccional y que volvió a ser un nuevo y estrepitoso fracaso, al igual que el levantamiento en Villanueva de la Serena del sargento Pío Sopena. Este fue el clímax del movimiento libertario para plantearse una insurrección en solitario. A partir de ese momento la estrategia anarquista se comenzó a repensar.

Y se hace en un momento donde la actividad sindical de la CNT estaba teniendo importantes avances. Sobre todo en Madrid. El avance de la derecha había dejado muy tocada la política laboral que los socialistas habían aprobado y desarrollado. Porque los Jurados Mixtos no solo eran mal vistos por los libertarios. La patronal los consideraba un estorbo. Y cuando se produjo en aquellos años un reagrupamiento patronal (Cabrera, 1983: 215), los Jurados Mixtos se fueron vaciando de contenido. En ese contexto la estrategia de acción directa de la CNT fue ganando posiciones y muchas sociedades obreras de la UGT se vieron arrastradas hacia las posiciones de los anarcosindicalistas.

Además, la represión sufrida y los continuos fracasos del insurreccionalismo, debilitaron esa posición dentro de la CNT. Ello llevó a que los análisis fueran variando. Los anarquistas tenían en mente dos cuestiones fundamentales:

1. El avance del fascismo en Europa podía alcanzar también a España, y era necesario atajarlo.
2. De producirse una revolución no se iba a poder llevar en solitario, por lo que había que buscar la alianza con otras fuerzas.

Esta posición última fue desarrollada con fuerza en Asturias y en Madrid. No así en Cataluña, donde la preponderancia del anarquismo le hacía tener análisis distintos que la de sus compañeros de otros lugares del territorio español. Y, nuevamente, lejos de la visión de una FAI controladora de la CNT, vemos cómo en Madrid las posiciones aliancistas fueron adoptadas por varios grupos de la FAI

madrileña que buscaron la alianza con los socialistas<sup>2</sup>. Una posición no exenta de polémica en el seno del anarquismo ibérico.

El peligro del fascismo se hacía patente por una parte por la torpe política de algunos políticos de derechas (José María Gil Robles acudió al congreso en Nuremberg del Partido Nazi) y por otra por el desarrollo de grupos específicamente ultraderechistas. En esos momentos se comenzó a desarrollar la Falange Española, partido fundado por José Antonio Primo de Rivera y que incluyó en su seno a personajes como Onésimo Redondo, Ramiro Ledesma Ramos (fundador de las JONS), Ruiz de Alda, García Valdecasas, etc. La “dialéctica del puño y las pistolas” de Falange fue tomada por el movimiento obrero como una declaración de guerra.

Madrid fue escenario de muchas de esas batallas. Cuando en abril de 1934 se convocó un acto de la derecha en El Escorial, perfectamente adaptado a la legislación republicana, pero incendiado por determinados medios de la derecha, hizo que la reacción del movimiento obrero no se hiciese esperar (Souto Kustrín, 2004: 131). Además coincidió con un momento de alta conflictividad laboral en la capital de España que, unido a la desarticulación de los Jurados Mixtos, hizo que el anarcosindicalismo tuviese un avance importante en Madrid.

En ese tiempo, previo a la huelga general de octubre de 1934, los debates se comienzan a dirimir entre ir a la alianza o no con los socialistas. En este punto es de vital importancia la actividad de la FAI en Madrid, pues muchos de sus grupos fueron la punta de lanza del aliancismo. Apoyados por los anarquistas asturianos y criticados por los libertarios catalanes, grupos como Los Intransigentes y personalidades como Miguel González Inestal, veían fundamental el acuerdo con los socialistas. «Por todo lo dicho, conceptuamos útil y hasta necesaria la colaboración con los socialistas. Esto no quiere decir ni mucho menos que debemos entregarnos incondicionalmente a ellos. Al contrario, nos conceptuamos en inmejorables coincidencias para sacar partido de las circunstancias»<sup>3</sup>. Este dictamen fue leído en noviembre de 1933 y durante todo 1934 se dirimió dicho debate. El anarquismo estaba ganando peso en la capital de la República. Y muchos de los debates que se inician en ese momento continuaron durante la Guerra Civil.

---

<sup>2</sup> Archivo del Comité Peninsular de la FAI. Caja 149. “Proyecto de dictamen sobre la conveniencia de ir a una inteligencia con los elementos socialistas a fin de garantizar el triunfo de la futura revolución”.

<sup>3</sup> «Proyecto de dictamen sobre la conveniencia de ir a una inteligencia con los elementos socialistas a fin de garantizar el triunfo de la futura revolución», Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPF AI). Caja 149.

Este ambiente de debate iba acompañado de una pérdida de derechos laborales y un cambio de rumbo en las organizaciones obreras, que preparaban una huelga general, en un contexto de numerosas huelgas sectoriales. El final del verano de 1934 evidenció que muchos sectores del movimiento libertario estaban en una línea de pacto con los socialistas pero muchos otros no. Y esa es una de las razones por la que se entiende el fracaso de la huelga general de octubre de 1934.

## Octubre de 1934. Fracasos y consecuencias del anarquismo

La entrada de tres ministros de la CEDA en el gabinete de Alejandro Lerroux fue la chispa que motivó el estallido huelguístico de octubre de 1934, con distinta suerte según el rincón de España, pero huelga que, a fin de cuentas, resultó un fracaso. Mientras en Asturias la huelga se tornó en una auténtica revolución, en Cataluña fue un levantamiento autonomista y en Madrid una huelga general sin unidad entre las fuerzas obreras que la condujeron al fracaso.

Asturias fue el ejemplo de la unidad obrera que se pregonaba desde distintos sectores del movimiento obrero. El UHP (Uníos, Hermanos Proletarios) funcionó para los obreristas asturianos. Y dependiendo de la zona de influencia, socialistas o anarquistas tuvieron la iniciativa. Mientras en Oviedo y la cuenca minera fueron los socialistas de Manuel Llanea quienes impulsaron la huelga y la resistencia frente a las fuerzas gubernamentales, en Gijón los anarquistas llegaron a proclamar el comunismo libertario. Los comunistas habían entrado en esa alianza y la resistencia de los asturianos se extendió hasta el 19 de octubre. Las detenciones posteriores, las condenas (entre ellas la del diputado socialista González Peña), la intervención del ejército de África por primera vez para reprimir al movimiento obrero, marcaron un antes y un después.

En Cataluña el levantamiento no fue obrero sino autonomista. La Esquerra Republicana vio como los avances conseguidos desde el establecimiento del Estatuto de Nuria en 1932 se veían frenados por el ascenso de la derecha e intentó por medio del levantamiento frenar ese avance. Pero la CNT y la FAI en Cataluña no apoyaron el levantamiento de la Generalitat. Las perspectivas antialiancistas de los anarquistas catalanes no solo iban dirigidas contra los socialistas sino contra los republicanos catalanes, a los que consideraban culpables de la represión sufrida por los libertarios en los momentos del primer bienio. Lo consideraron un levantamiento "burgués" y por lo tanto no lo apoyaron, siendo el fracaso muy rápido en Cataluña.

En Madrid la unidad se produjo a medias. No hubo una alianza entre las distintas fuerzas obreras. Mientras los socialistas constituyeron un Comité de Huelga, los anarquistas hicieron un Comité Revolucionario. Y aunque hubo reuniones entre el 5 y el 9 de octubre, no se concretaron en nada. La dispersión de las fuerzas obreras en Madrid posibilitó una rápida organización por parte de las fuerzas del orden público. Estos se vieron, también, apoyados por falangistas y derechistas que ocuparon los puestos de trabajo de los huelguistas. Los centros obreros y el Ateneo de Madrid fueron clausurados y el fracaso de la huelga en Madrid significaba prácticamente el fracaso de la huelga en toda España.

El anarquismo, como toda fuerza obrera, salió erosionado de octubre de 1934. Sus detenidos se contaban por miles y la diversidad de opiniones sobre la conveniencia o no de una alianza provocó la ruptura en algunos sectores, como la FAI en Madrid que se dividió durante unos meses. Pero también se sacó una lectura que se confirmaría en el congreso de mayo de 1936. La revolución anarquista, exclusivamente, no se iba a poder desarrollar en España por lo que la estrategia tendría que ser una alianza revolucionaria. La dificultad estribaba en como llegar a esa alianza. De hecho, la autocrítica de los anarquistas fue muy severa, pues culpabilizaron a la CNT de parte del fracaso de octubre. «Este Comité Revolucionario estima que la CNT no hizo lo que debiera nacionalmente, por la actuación de determinados militantes de importantes organismos confederales y propone se haga una investigación para averiguar lo que haya de cierto en gravísimas acusaciones que este Comité Revolucionario conoce y de las que informará a la organización tan pronto como lo exija»<sup>4</sup>.

Aun con todo, el año 1935 significó para el anarquismo español el debate definitivo sobre qué posición adoptar frente al capitalismo. Asturias había sido el toque de atención de lo que podía haber significado una alianza obrera en toda España. La división dada en otros lugares, como Madrid, fue lamentada por una amplia base de la organización libertaria. Estos debates se vieron favorecidos por la reapertura de algunos locales sindicales y políticos en la segunda mitad de 1935. Madrid volvía a ser centro del debate. Los grupos anarquistas madrileños se encontraban divididos, pero se estimó desde el Comité Peninsular que ambas posturas podían convivir dentro de la organización. Por ello el pleno de grupos anarquistas celebrado en enero de 1936 tomó como base esa unión bajo tres puntos básicos:

---

<sup>4</sup> Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPF AI). Caja 149.

1. En primer lugar, el peligro del golpe de Estado. Los anarquistas hablaron de la correlación de fuerzas y, aunque las elecciones de febrero de ese año podrían deparar una victoria de las izquierdas, también podrían suponer una reacción por parte de la derecha.
2. En segundo lugar, la cuestión de la alianza. Aunque en el pleno hubo duros debates entre Serafín González Inestal, aliancista, y Cipriano Mera, antialiancista, el acuerdo que se adoptó era instar a la UGT a despegarse de la tutela socialista para certificar un pacto revolucionario.
3. Respecto a la violencia y a estrategias como la de los atracos, la Federación Local de Grupos Anarquistas de Madrid condenó tales acciones, desmarcándose de las actuaciones de los grupos de acción en clara referencia a las llevadas a cabo por Felipe Emilio Sandoval, que en aquellos momentos estaba en la cárcel Modelo de Madrid<sup>5</sup>.

Para los anarquistas la alianza revolucionaria se convertía en clave para el futuro de los trabajadores españoles. Por ello, el anarquismo tenía dos retos internos en aquel año 1936. Por una parte, marcar su posición frente a las elecciones de febrero y por otra, el congreso de la CNT que se iba a celebrar en Zaragoza. Ambas cuestiones se cumplieron, pero el golpe de Estado de julio de 1936 varió la hoja de ruta de los anarquistas.

## De la victoria del Frente Popular al golpe de Estado

Si algo distinguió al movimiento anarquista de otros movimientos políticos de la época, a excepción de los comunistas, es que cuando comenzó la Guerra Civil había, curiosamente, vuelto a reunir a todas sus corrientes en la misma organización. Si vemos cómo los socialistas llegaron al inicio de la guerra muy divididos en distintas facciones y los republicanos con hasta cuatro entes políticos (Izquierda Republicana, Unión Republicana, los seguidores de Sánchez Román y los federales), la CNT y el PCE llegaron unidas.

Y para el anarquismo no fue un proceso fácil. Es el momento en el que entra en una encrucijada, pero de la que salió reforzado, si bien afloraron sus contradicciones pero también su pragmatismo. Sin ir más lejos, y anticipando algunas cosas, a finales de ese año los anarquistas tendrían cuatro ministros en un gobierno.

---

<sup>5</sup> Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPF AI). Caja 149.



Lo primero era como abordar unas elecciones políticas en febrero de 1936 donde los anarquistas se jugaban cosas. La represión de Asturias en 1934 había dejado a muchos militantes ácratas en las prisiones. Y uno de los puntos programáticos del Frente Popular era la libertad de los presos políticos. Sin embargo, un sentimiento de animosidad recíproca se movía en todas las cuestiones. Ni los anarquistas se fiaban de los políticos ni los políticos veían como aliados a los anarquistas. Sin embargo, Francisco Largo Caballero hacía llamamientos a la unidad de los anarquistas para que votasen a las candidaturas de la izquierda, ya que la CNT no se había sumado al Frente Popular (sí lo hizo el Partido Sindicalista de Ángel Pestaña). Si bien la CNT no hizo nada por colaborar con el Frente Popular, lo cierto es que los análisis internos y de su prensa le llevaron a considerar que las clases populares no querían continuar con el gobierno de la derecha. Así lo explicó Miguel Abós, militante cenetista, en un mitin en Zaragoza: «Caer en la torpeza de hacer campaña abstencionista equivale a fomentar un triunfo de las derechas. Y todos sabemos por amarga experiencia en dos años de persecución los que las derechas quieren hacer. Si el triunfo de las derechas se diera yo os aseguro que aquella feroz represión a que sometieron a Asturias se extendería a toda España» (Calero Delso, 2011: 74). Proféticas palabras para lo que meses después se desencadenó en el país.

Quedaba claro que los anarquistas no iban a hacer campaña por la abstención, tampoco iban a pedir el voto explícitamente e iban a dejar libertad a sus militantes para que hiciesen lo que considerasen conveniente. El Frente Popular ganó las elecciones de febrero. Pero si vemos los datos electorales, la abstención casi llegó al 30% y en enclaves como Sevilla o Cádiz (donde se presentaba Ángel Pestaña) la abstención fue superior al 40%. Se rompe con ello la visión de que los anarquistas acudieron en masa a las elecciones (Cruz, 2006: 86).

Sin embargo, sería una temeridad negar que muchos anarquistas acudieron a las urnas aquel 16 de febrero de 1936, tal como lo hicieron el 14 de abril de 1931. Personalidades como Buenaventura Durruti declaraban en *Solidaridad Obrera* que la generosidad anarquista había reconquistado el 14 de abril<sup>6</sup>. Por ello, la primera exigencia que se pidió y se cumplió fue la libertad de los presos por los sucesos de 1934.

Posteriormente la constitución del gobierno se hizo solo y exclusivamente con republicanos, quedando fuera los socialistas y otras formaciones más revolucionarias. Y desde muy pronto los libertarios mostraron que el apoyo ofrecido no iba a ser gratuito. Se volvía a exigir a la República la restitución de las

---

<sup>6</sup> *Solidaridad Obrera*, 6 de marzo de 1936. Número 1216

derogaciones llevadas a cabo por el gobierno de derechas en el bienio 1933-1936 y que se aplicasen medidas de calado para la clase obrera. Y la conflictividad laboral no fue menor en aquel momento. Los choques entre los trabajadores y la fuerza pública o los grupos de extrema derecha se saldaron con una violencia donde fue, precisamente, la clase obrera quien salió peor parada, tal como ha demostrado la reciente investigación del profesor Eduardo González Calleja (2015).

Lo que sí hubo fue una diferencia sustancial respecto al primer bienio de cómo abordar la Reforma Agraria. Si durante el primer bienio los campesinos esperaron la entrega de esas tierras y vieron cómo se produjo, en este momento en diversos puntos de España los trabajadores, mayoritariamente encuadrados en las organizaciones sindicales, procedían a la ocupación de tierras para su explotación. Algo que comenzó a desbordar al propio gobierno republicano, pues aceleraba un proceso que ellos habían marcado a más largo plazo.

Pero para el movimiento libertario el año 1936 era clave porque celebraba su congreso. El cuarto en su historia. Y lo iba a hacer en la ciudad de Zaragoza entre los días 1 y 10 de mayo de 1936. Un congreso que se antojaba trascendental para la CNT. En aquel congreso la CNT justificó casi 500.000 afiliados, de los cuales algo más de la mitad pertenecían a Cataluña y Andalucía, concluyendo, como hace Juan Pablo Calero (2009: 104), que la implantación de la CNT era mucho más amplia que sus bastiones de toda la vida. Madrid había crecido exponencialmente durante el periodo republicano.

Pero no solo se puede extraer la conclusión del crecimiento de la CNT en ese congreso. Hay tres aspectos fundamentales que lo convierten en trascendental, tanto para el momento concreto como para el futuro inmediato del movimiento libertario:

1. En primer lugar, el congreso cerró el conflicto existente entre la CNT y los llamados Sindicatos de Oposición que se habían organizado entorno al treintismo. Los sindicatos de la Federación Sindicalista Libertaria se volvían a integrar en la CNT y sus órganos de prensa pasaban a ser voceros de la organización cenetista. Personajes como Juan Peiró, Marín Civera, Martínez Arín, etc., regresaban a la CNT. Solo quedaba fuera el Partido Sindicalista de Pestaña.
2. En segundo lugar, la CNT hizo un balance de lo sucedido durante el primer bienio y la huelga general de octubre de 1934. La conclusión que sacaron los anarcosindicalistas fue que no podían derrotar al capitalismo

por sí solos. Por ello, el gran acuerdo del congreso de Zaragoza de 1936 fue el dictamen que emplazaba a la alianza revolucionaria con la UGT, instando al otro organismo sindical a que celebrase un congreso para debatirlo y se separase de la tutela política del Partido Socialista.

3. En tercer lugar, fue el congreso que aprobó el concepto confederal del comunismo libertario. Una cuestión que ya había aprobado la CNT en su congreso de 1919 pero que en este desarrollaba de forma más específica como posible sociedad anarquista futura. Esa ponencia partía de la ya aprobada por la FAI en 1933, pues fue el texto redactado por el médico Isaac Puente. No fue el único modelo que se desarrolló en aquellos años, pues otras personas como Mauro Bajatierra también plantearon su posible modelo social anarquista.

Estas bases sirven para entender a la CNT y al movimiento libertario durante el conflicto bélico. Una organización que parte unificada cuando se produjo el golpe de Estado de julio de 1936. Una organización que pedía el pacto revolucionario con la UGT pero que ante la excepcionalidad generada en España durante la Guerra participó del engranaje político de la República. Y una organización que se pertrechó ideológicamente ante un posible estallido revolucionario y que donde tuvo oportunidad lo puso en práctica a partir de julio de 1936.

Aun así, entre mayo y julio de 1936, la CNT fue protagonista de numerosas huelgas, como la de la construcción en Madrid, que en alianza con la UGT paralizó la capital de España y terminó con muchos de sus militantes, como el caso de Cipriano Mera, en prisión. Allí les sorprendió el golpe de Estado de julio de 1936.

## BIBLIOGRAFÍA

Buenacasa, M. (1977). *El movimiento obrero español, 1886-1926*. Madrid: Júcar.

Bueso, A. (1976). *Recuerdos de un cenetista*. Barcelona: Ariel.

Cabrera, M. (1983). *La patronal ante la II República. Organizaciones y estrategia, 1931-1936*. Madrid: Siglo XXI.

Calero Delso, J.P. (2009). «Vísperas de la revolución. El congreso de la CNT (1936)». *Germinal. Revista de Estudios Libertarios*, 7, abril, 97-132.

\_\_\_\_ (2011). *El gobierno de la anarquía*. Madrid: Síntesis.

CNT (1931). *Solidaridad Obrera*, 127, 15 de abril.

Cruz, R. (2006). *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*. Barcelona: Siglo XXI.

Estruch, J. (1978). *Historia del PCE (I) (1920-1939)*. Barcelona: El Viejo Topo.

González Calleja, E. (2015). *Cifras cruentas. Las víctimas mortales de la violencia sociopolítica en la Segunda República española (1931-1936)*. Granada: Comares.

Hernández Sánchez, F. (1978). *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la Guerra Civil*. Barcelona: Crítica.

Souto Kustrín, S. (2004). *“Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid?”. Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*. Madrid: Siglo XXI.